
AGUSTINA GUFFAIN VDA. DE DOITTAU

El espiritismo de las mujeres puertorriqueñas:
De las extraordinarias pioneras a sus herederas
contemporáneas

1907

Discurso de doña Agustina Giffain, 5ta Asamblea Espiritista de la Federación Espiritista de Puerto Rico, 21 de abril de 1907

Agustina Guffain

Follow this and additional works at: https://digital.kenyon.edu/espiritismo_agustinaguffain

Recommended Citation

Guffain, Agustina, "Discurso de doña Agustina Giffain, 5ta Asamblea Espiritista de la Federación Espiritista de Puerto Rico, 21 de abril de 1907" (1907). *AGUSTINA GUFFAIN VDA. DE DOITTAU*. Paper 2. https://digital.kenyon.edu/espiritismo_agustinaguffain/2

This Article is brought to you for free and open access by the El espiritismo de las mujeres puertorriqueñas: De las extraordinarias pioneras a sus herederas contemporáneas at Digital Kenyon: Research, Scholarship, and Creative Exchange. It has been accepted for inclusion in *AGUSTINA GUFFAIN VDA. DE DOITTAU* by an authorized administrator of Digital Kenyon: Research, Scholarship, and Creative Exchange. For more information, please contact noltj@kenyon.edu.

Propaganda Espiritista

LA 5ª ASAMBLEA ESPIRITISTA

DISCURSO LEIDO

POR

DOÑA AGUSTINA GUFFAIN

(Viuda de Doitau)

DIRECTORA DE «EL IRIS DE PAZ»

en el Meeting celebrado, durante

la Asamblea, por la

Federación de los Espiritistas de Puerto-Rico

en el teatro de Arecibo en la

NOCHE DEL 21 DE ABRIL DE 1907



PONCE, PUERTO-RICO

TIPOGRAFIA "EL SOL," DR. PUJALS, NUM. 3

HACER PROPAGANDA

**No basta ver la luz; es necesario
difundirla doquiér; dar vista al ciego:
de cualquier punto hacer un santuario
y la llama encender del sacro fuego.**

A. D. S.



SEÑORAS Y SEÑORES :

Según cuentan los mitólogos de la Grecia, Tántalo, Rey de Lydia, era hijo de Júpiter y de la ninfa Plota, fué admitido á la mesa de los dioses, y hurtó el néctar y la ambrosía con objeto de dárselo á los mortales. Para vengarse de Tros ocultó á Garímedes, y queriendo conocer la presciencia divina sacrificó á su propio hijo, sirviéndole á la mesa en un festín, y según varios autores, descubrió los misterios del culto de los dioses, del cual era ministro. Pero Júpiter le castigó de una manera horrible: precipitado en el Tártaro fué atado á un árbol con abundantes y exquisitas frutas, que había en el centro de un lago cristalino y murió de hambre y de sed por no poder alcanzar aquéllas á causa de que se retiraban cuando intentaba cogerlas.

Del mismo modo nosotros por nuestros locos deseos estamos atados al árbol de la Ciencia, queremos cojer sus sabrosísimos frutos, pero nuestra insuficiencia nos lo impide por completo, que por una ley fatal siempre corre el hombre trás de un imposible.

¡ Y es tan hermosa la ciencia ! ¡ Es tan grato comprender sus misterios !

El saber es la vida, la sabiduría nos condu-

ce á la perfección, ó mejor dicho, nos acerca á ella, porque nos dá profundos conocimientos morales. El hombre realmente sabio siempre es prudente en su modo de obrar, que la verdadera sabiduría no consiste únicamente en ser muy versado en letras ó en matemáticas, en astronomía ó en geología, en filosofía ó en zoología y en los diversos ramos del saber humano; la sabiduría se manifiesta principalmente en la ciencia de vivir. Nos dirán que todos los hombres viven, lo mismo el sabio que el ignorante; pero nosotros diremos, que de las cuatro partes de la humanidad, solo una parte sabe vivir, las otras tres viven sin vivir, y sobre este tema haremos algunas consideraciones.

Hay algunas palabras, cuyo significado inspira gran simpatía, y sin duda por esto se pronuncian en todos los tonos y les consagran sus pensamientos los hombres más eminentes.

¡ Libertad y progreso ! He aquí dos frases que son la síntesis del porvenir !

¡ Cuánto bueno se ha escrito sobre la libertad ! Castelar dice, que sin la libertad el espíritu no es. Sin la libertad del pensamiento, el hombre se envilece. Sin la libertad de conciencia, se suicida. Sin todas las libertades, el hombre deja de ser el ángel colocado sobre la cúspide de la Creación, para convertirse en piedra.

¡ Magnífico pensamiento ! En él se encierran todas las aspiraciones de la humanidad. Todos los hombres quieren ser libres, pero para serlo, necesitamos del progreso, que es la locomotora que ha de poner en movimiento el tren de nuestra vida; el libertinaje nos hará descarrilar siem-

pre, pero si la máquina libertad lleva por maquinista al progreso, iremos en gran velocidad á la estación de la virtud.

Mucho se habla de adelantos, y mucho se progresa en descubrimientos científicos, las exposiciones son los termómetros, que marcan los grados del saber humano, y sabido es, que en nuestros días se suceden esos certámenes científicos como las estaciones del año, esto es, frecuentemente.

Inglaterra fué la que inició esas fiestas industriales en 1775, y 39 años después, 1795, Francia siguió sus huellas, celebrando su primera exposición; y hoy dá una nueva prueba de su amor al progreso, amor que ya tiene demostrado por su sistema de gobierno, por su buen orden administrativo, por su enseñanza láica, y por todos sus adelantos, que la colocan á la altura de las primeras naciones del mundo. Pero no basta este progreso de puertas afuera, que tratan de tener todos los pueblos, se necesita el progreso de puertas adentro.

Siempre hemos sido entusiastas por los grandes hombres, por los eminentes escritores, que difunden la luz con sus libros sublimes, con sus apasionados discursos; buscamos los periódicos, que defienden las ideas más avanzadas, y en sus columnas encontramos la savia de la vida, que inocular en nuestro sér la fiebre de la libertad.

Nosotros admiramos todos los grandes pensadores, más ¡ay! algunos de aquellos inspirados profetas; involuntariamente nos hacen recordar aquella célebre cuarteta de uno de nuestros mejores críticos, que dice:

Cual las montañas de espuma
Son los sabios de estos tiempos,
Si se les mira, castillos,
Y si se les toca, viento.

Hoy buscamos el progreso en el hogar doméstico, en la cuna del pequeñuelo, en la mirada de la madre; ésta principalmente es para nosotros la piedra filosofal, con ella los alquimistas sociales podrán hacer el oro de la vida y sus trabajos no serán infructuosos, como lo fueron los de los sabios de la edad media, que pretendían hacer oro por la trasmutación de los metales, secreto que era la base de la Alquimia. Unos buscaban la piedra filosofal en el rocío expuesto al sol, otros en los metales, y sobre todo en el mercurio privado de azufre ó en el azufre separado de los metales.

Pues bien; si el oro es uno de los primeros elementos, que necesita el hombre para el desenvolvimiento de su vida material y social; una mujer buena, es el oro moral, que le proporciona al hombre todos los goces espirituales, todas esas satisfacciones íntimas, esas alegrías inexplicables, ese placer sin nombre que nos ofrece su ternura maternal, porque la mujer buena siempre es madre: por su dulzura, por su solicitud; por su cariñosa previsión una mujer buena, es el ángel de la vida; no se necesitan los ángeles de las religiones ni los cielos bíblicos, porque ella puede convertir en cielo el hogar doméstico. La mujer es la encarnación del sentimiento, ama, porque el amor es la savia de su existencia.

Pero entre los muchos inventos del hombre,

entre las combinaciones prodigiosas, que surgen de su imaginación; ha conseguido con sus experimentos darle nuevo giro al carácter peculiar de la mujer. La mujer hoy, si no es buena, generalmente hablando, es porque le falta la esencia de su sér, porque le falta el amor; el hombre no la quiere, dejando aparte algunas excepciones, pero estas no forman ley, no dan color á una época. Así es, que, al emitir nuestros pensamientos, si entre los hombres que nos escuchan hay algunos que sean honradísimos padres de familia, que miren en su esposa la mitad de su vida, y sean su espejo los ojos de sus hijos, no se resientan estos por la dureza de nuestras palabras, porque nosotros hablamos para la generalidad, estando convencidos, como hemos dicho ántes, que de las cuatro partes de la humanidad solo una sabe vivir, porque se aman los unos á los otros; pero las otras tres partes no viven aunque alienten; nacen, crecen y mueren sin haber vivido, porque no han amado, han satisfecho los apetitos del cuerpo, pero no las aspiraciones del alma; ésta ha permanecido sin sangre; también las almas padecen de anemia, y si los cuerpos se ponen anémicos porque se le disminuyen sus glóbulos sanguíneos, como el amor es la sangre del alma, cuando el amor disminuye la anemia moral es un hecho, y la sociedad de nuestros días está anémica, mejor dicho: tísica, porque los pulmones sociales están llagados, y la calentura de la indiferencia la va atenuando y consumiendo poco á poco. ¿Cómo queréis, ilusos visionarios, llevar á cabo la reforma social, si no os reformáis vosotros? ¿Qué fábrica levantaréis sino

contáis con otros materiales que con maderos carcomidos y movediza arena?

El progreso ha de comenzar en la familia, porque ésta es el principio de la sociedad.

El mal del presente viene de muy lejos, pero nosotros no vamos á buscar las causas, solo hablarémos de los perniciosos efectos. Si mucho nos complace leer los libros de los grandes hombres, aún creemos más provechosos los estudios que se hacen en la misma sociedad. En nuestro hermoso Puerto-Rico, del cual dijo un americano que le gustaba el cielo y el suelo, pero no el entresuelo, esto es, sus habitantes, estamos tan bien avenidos los unos con los otros, que los ricos son muy ricos y los pobres son muy pobres: la clase obrera no gana lo suficiente para vivir, de consiguiente vive mal, muy mal, que como dice el proverbio: "donde no hay harina todo es mohina", y conocemos muchas familias de obreros, muchísimas, cuya vida es verdaderamente fatigosa. El hombre gana un eseaso jornal y de este se reserva la quinta parte para sus malos gastos; la pobre mujer trabaja cuanto puede para que su marido no se abrume tanto

Nos dirán que en muchas ocasiones no hay otro remedio, que la necesidad obliga, no lo negaremos, porque si los gastos son mayores que los ingresos un déficit permanente no se puede soportar; pero eso es dar la vida por la vida, y la mujer casada, el trabajo que más producto le puede dar es cuidar de su marido y de sus hijos, educando á estos dentro de los preceptos de la moral más pura; esta ocupación es la más lucrativa para el bien general.

La humanidad tiene una desgracia inmensa, y es, que nunca mira más que con el microscopio, que lo pequeño se lo hace grande, y nunca mira con el telescopio que la acerca al infinito; no se fija la atención más que en la vida del presente, y peor aún, en la vida individual, jamás en la vida colectiva y el engrandecimiento social.

A la mujer obrera generalmente se la acostumbra desde pequeña á darle poca instrucción y crece entre privaciones ! ve en su casa tantas agonías ! tantas ansiedades ! oye quejas tan continuas contra los ricos que explotan al pobre !... que se va acostumbrando á mirar de reojo á los opresores de sus padres, y va creciendo sin ese amor, sin ese tierno cuidado que necesita la mujer.

Nos dirán, que las familias ya se quieren. No, no se quieren, se toleran los unos á los otros como una mortificación necesaria; el amor necesita su tiempo, su cultivo especial y la familia obrera del modo que hoy está constituida, no tiene tiempo para cultivar el amor del espíritu, trabaja demasiado; para recuperar las fuerzas, que ha gastado durante el día, el hombre necesita, cuando llega á su casa, entregarse al sueño, no puede complacerse ni deleitarse en enseñar á sus hijos, es imposible; y cuando la falta de trabajo le obliga á permanecer en su hogar, al ver la miseria que le rodea, se desespera; así es que la mujer obrera desde que nace, está rodeada de todos los elementos contrarios á su desarrollo físico, moral é intelectual. Le falta amor, le falta vida, es una planta que

crece enferma, y sus hijos por ley natural heredan su dolencia, así vemos que muchas asociaciones obreras constituídas por espíritus en estado febril, en lugar de procurar el bien colectivo desean el desequilibrio universal. ¡Y no es extraño, que quien ha tenido la nave de su vida siempre zozobrando, es natural que sueñe con naufragios! Y téngase entendido, que el país donde vive el pueblo entre grandes privaciones, nunca tendrá vida propia: el pueblo es el primer fundamento de las sociedades. ¡Ay de los países que no evitan el descontento popular!

Dentro de los estrechos límites de un mal pergeñado discurso, no podemos describir con todos sus detalles del modo que vive la mujer en todas las esferas sociales, por esto únicamente á grandes rasgos hablaremos de una cuestión, que ha dado y dará asunto para escribir muchos tomos en fólío.

La mujer de la clase acomodada, si bien no lleva una vida tan triste como la mujer obrera, porque no padece tantas privaciones materiales; en cambio, es á veces víctima de un demonio tentador que se llama el lujo. En general la clase media gasta para vivir mucho más de lo que gana, cada familia asienta los sillares de su morada en un terreno movedizo y esponjoso, y con la mayor facilidad se hunden los cimientos.

El hombre cuando se casa, pasadas las primeras impresiones vuelve á la vida real, y piensa que no gana bastante para sostener el tren que necesita, y se entrega por completo á sus negocios y á sus relaciones políticas en las que espera crearse un porvenir, y deja á su esposa en

la soledad de su casa. Si esta se queja del abandono, en que se la tiene, el marido muchas veces le contesta, que no pudiendo presentarla en la sociedad con el lujo que su posición requiere, es preciso que espere tiempos mejores, en los cuales el esté más desahogado. Y la mujer, con el deseo de ir donde va su marido, comienza á creer que el lujo es necesario para la vida, y ella misma aconseja á su esposo, que tome parte en algunos negocios, con tal que sean lucrativos, porque es preciso vivir y presentarse en el mundo con el decoro debido; y más de un hombre se ve perdido por seguir los consejos de su mujer, que el que malea un árbol, justo es que recoja los frutos podridos, y el hombre malea á la mujer cuando la deja abandonada en la soledad de su casa y no comparte con ella más que esas horas que dedica á comer y á dormir y á engalanarse para irse á divertir. Y luego dicen, que la mujer es voluble, que es superficial, que no le gusta hablar más que de modas y trapos. Cuán bien decía Sor Inés de la Cruz defendiendo á las mujeres :

Hombres que así escarnecéis
Las que vosotros formáis,
Tomadlas cual las hacéis :
O hacedlas cual las buscáis.

¡ Hombres! hombres, amad á la mujer, sed para ella el padre para protegerla, el marido para amarla, el amante para complacerla, el hermano para respetarla, el amigo para aconsejarla, que cuando se case la mujer, encuentre en el compañero de su vida todos los amores; pero en

vez de esto, se la abandona, se la deja postergada, y muchas veces la mujer no es para su marido más que un ama de gobierno; que tocando los extremos, ó la tiene relegada en el último rincón, ó la asocia á sus locos dispendios, y luego dicen, que la mujer es temible por el lujo: el hombre la enseña.

Nos decía un amigo nuestro, hombre de mucho talento, y decía muy bien: Mire usted, Agustina, no se canse usted en deplorar el mal existente, porque yo no veo por ahora el remedio; al hombre, que le parezca más sensato, estúdiele usted en su casa y verá como educa á su familia; á los varones tratará de hacerlos sabios, de la bondad no se habla, la cuestión es, que no pierda ningún año de su carrera; en cambio, á las hembras verá usted que de lo que tratan principalmente es de embellecerlas, engalanando su cuerpo, sin cuidarse de engalanar su espíritu con las preciosas flores de las virtudes, y con tal que sean hermosas, elegantes y distinguidas, para que puedan hacer un buen casamiento, ya está la misión del padre concluída; y á este mismo hombre lo verá usted acudir á los puestos públicos á defender la libertad de su patria, mientras que en su casa no sabe libertar á su familia de la esclavitud de la ignorancia; y mañana las hijas de este hombre se casan y educan á sus hijos del mismo modo, que lo hicieron sus padres con ellas, y rueda la bola de nieve, y el descontento social aumenta, convirtiéndose en enfermedad incurable.

De las mujeres de la aristocracia ¿qué diremos? Estas, separadas por completo de la vida

real, viven esa vida ficticia, que las convierte en flores inodoras. Generalmente se casan por unir dos cap'tales; tienen hijos, que no duermen sus primeros sueños en los brazos de sus madres, una mujer extraña los amamanta y recibe sus primeras caricias, mientras su joven madre se ocupa en hojear los figurines para ver los nuevos modelos de los trajes de baile. De los brazos de la nodriza pasan las niñas aristócratas al poder de los maestros, se las encierra en un colegio, donde aprenden á concluir de secar su corazón.

Hasta las religiones se han conjurado contra la mujer, porque en lugar de hacerle amar á su familia, sabido es, que muchos ministros del culto romano se ocupan en catequizar á las jóvenes, y aún las arrebatan de su hogar para encerrarlas en colegios, en conventos, truncando con este atentado las leyes naturales; porque la mujer ha nacido para crearse una familia, es un sér eminentemente social; prueba de ello, que la naturaleza le ha concedido un organismo apropiado para la reproducción. ¿Dónde pasa el hombre los primeros momentos de su vida? ¿No se forma en el claustro materno? ¿No es este la primera morada del hombre? Entónces, por qué las religiones quieren deshacer lo que Dios hace? ¿Por qué condenan á la mujer á la esterilidad, si la mujer es el arca santa de los siglos, es el Noé de todos los tiempos, que siempre salvará en su seno á la especie Adámica?

Las religiones debieran ser el áncora de salvación de la mujer, pero desgraciadamente solo han procurado su aniquilamiento. Todo, todo se ha combinado, para que la mujer viva solo

entregada á sus propias fuerzas en todas las esferas sociales, y la mujer necesita de apoyo; no es el Eucalipto gigante, cuya copa quiere llegar al Cielo, es la Yedra trepadora, que necesita enlazar sus ramas á la palmera que le presta sombra.

¿No la veis? ¿No veis á la mujer? Siempre busca protección y amparo, de niña en sus padres, de casada en su esposo, de anciana en sus hijos. ¿Por qué entonces este contrasentido de dejar solo al que necesita de guía?

¿Qué hará el niño perdido entre la multitud?

¿Qué hará el ciego sin un brazo amigo en que apoyarse?

¿Qué hará el anciano sino tiene un rincón hospitalario donde guarecerse?

¿Podrán vivir estos seres sino encuentran amparo? ¿podrán reposar tranquilos? NÓ; pues la mujer sola, es débil como el niño y el anciano, es torpe como el ciego, y sobre este sér indefenso se dirigen todas las flechas sociales, y al que nada se le dá, se le exige todo.

A la mujer pobre se le pide que sea virtuosa, pero se la deja en la miseria, porque el jornal que gana no es bastante para vivir, y un día y otro día, un mes y otro mes, un año y otro año, la mujer va gastando sus fuerzas, y llega un momento, en que á veces, para asegurar un trabajo más lucrativo, cede á los deseos del mismo que la ha visto trabajar desde niña, y toda su abnegación no ha sido suficiente para crearse un porvenir, ha tenido que vender su cuerpo, que es lo último que vende la mujer.

Nos diréis, que hay muchas ramerás, que son capullos tronchados, tan corta es su edad.

No hablamos nosotros de esas infelices víctimas de la esclavitud de la ignorancia, hablamos de la mujer que al perderse, antes ha ensayado sus fuerzas trabajando continuamente; la que ha pasado su infancia sin saber que las niñas se entretienen con sus juguetes; la que agota su vida en el trabajo antes de sucumbir á la tentación; cuando cae compadecida, ha luchado, y la ha vencido el número de las contrariedades.

¡Ay de los vencidos!

Ahora vamos á ocuparnos de los maridos:

Hombres, estudiad el carácter de vuestras esposas, observad si tiene condiciones para dirigir la familia.

De la mujer depende el porvenir de la humanidad, pero dejáis sola á la mujer, no os asociáis á ella, la buscáis como instrumento de placer, y saciado el apetito carnal, ¿qué es la mujer para la mayoría de los hombres? Un mueble, una cosa nada más; y la mujer al verse despreciada, al ver que su marido busca en otras mujeres las gracias de la juventud, que ya ella no tiene, se resiente en lo más vivo su amor propio, su carácter se agria, confía sus penas á sus hijos, éstos miran á su padre con cierta prevención y se vá formando el vacío en la familia y la hija desde niña sabe, que su padre sacrifica á la que con él comparte su lecho, y vive recelosa, prevenida contra aquél á quien debe la vida del cuerpo, y de quien espera los dolores de su porvenir.

Las disenciones domésticas no se quedan dentro del hogar, nó; se parecen á la palmera

macho, que arroja su pólen á larga distancia y con él fecundiza á la palmera hembra; del mismo modo los diturbios íntimos de la familia arrojan su dañosa semilla en todas direcciones, sembrando un malestar inesplicable; porque la mujer que vive contrariada, la que sufre el martirio de los celos, la que ve en su marido el tormento de toda su vida, no esperéis, que eduque bien á sus hijos; porque el dolor es muy egoísta, absorve para sí todas las horas de la existencia; y muchos defensores tiene la patria, que sus trabajos en pró de la libertad se parecen á la tela de Penélope, lo que tejen en la tribuna, los deshacen cuando llegan á su domicilio, son, como dice el adagio: candiles de la calle, y oscuridad de su casa.

Mucho pudiéramos decir aún sobre este mismo tema.

Vivimos mal, muy mal, y tenemos todos los elementos para ser dichosos, puesto que algunos seres lo son. A más de una familia conocemos, cuyos individuos solo tienen un deseo: amarse y complacerse. Hay hombres sabios, muy sabios, que no se desdeñan de instruir á su esposa, considerándola como á su hijo mayor, y la asocian á sus trabajos literarios, y comparten con ella todas las horas de su vida convirtiéndose en maestros de sus hijos. Y las mujeres de estos hombres son verdaderamente modelos de virtud; porque la mujer para ser buena, no necesita más que verse amada: es capaz de llegar al heroísmo, al sacrificio, al martirio, siempre que unos ojos de fuego la magnetizen con su amorosa mirada.

Y de la mujer depende la regeneración so-

cial, y serán completamente inútiles todos los esfuerzos, que se hagan para llegar al apogeo de la civilización, mientras no se considere á la mujer, moralmente hablando, como parte integrante del hombre.

Nos dirán, que mucho hemos adelantado si comparamos el siglo presente con las edades primitivas, en las cuales la mujer era una esclava, que no le era permitido sentarse á la mesa de su Señor; pero nosotros, que soñamos con el verdadero progreso, nosotros que queremos ver equilibrados los adelantos morales é intelectuales, vemos, que en nuestra época el adelanto intelectual vence en la lucha, y levanta su enseña victoriosa en las cumbres de las montañas, que ha perforado con titánico empuje; en los mares, que ha canalizado; en los cristales de roca, que, combinadas sus superficies planas y esféricas y reuniendo en un punto sus focos, forman los telescopios de gran potencia, que pueden acercarnos los astros, y hacer que los veamos un millón de veces más extensos en diámetros.

El adelanto humano ha llegado á hacerse dueño de ese fluído imponderable llamado electricidad, que es á la vez, luz y calor, y de él se sirve para comunicar sus pensamientos de polo á polo, siendo la electricidad el mejor correo de nuestros días, pues sabido es, que en un segundo recorre 170,000 kilómetros, aplicándola además á distintos usos.

Indudablemente en todos los ramos de la ciencia el hombre va dando pasos gigantescos, pero en cuanto á la moralidad, deja aún mucho que desear. Se crea una familia por costumbre,

y al cabo de cierto tiempo dice el hombre, cuando no le oye su mujer: ¡Ay! si los dados se jugarán dos veces, que me había yo de casar; si llego enviudar, ni la diosa Venus llega á seducirme; y exclama la mujer en ausencia de su marido: quien volviera á la edad primera; con la experiencia que tengo ahora, para volverme yo á casar, había de nacer de nuevo.

¿Esto que demuestra? que muchísimos matrimonios viven hastiados, ellos de ellas y vice versa.

¡Cuántas veces observamos, que hay varias mujeres reunidas que están hablando alegremente, y en cuanto oyen los pasos del padre ó del marido, hacen todas un gesto; qué fastidio! nos viene á interrumpir; quieren estas mujeres á aquel individuo de su familia? Nó; porque el sér, que se quiere, nunca nos estorba.

Tal vez diréis, que nos fijamos en pequeñeces, en puerilidades; más tened entendido, que una gota de agua cayendo continuamente sobre una piedra la desgasta, y esto sucede en nuestra organización social. Porque un sér viva descontento no se alterará el órden de nuestra vida; pero si millones de seres viven luchando con la contrariedad, se formará una atmósfera afixiante. Si un pequeñuelo llora será fácil hacerle callar, dándole un juguete ó una golosina, pero si mil pequeñitos gritan á un tiempo, lograrán aturdirnos y no sabremos que hacer con ellos, y esto nos sucede ahora con el descontento general.

Porque somos adoradores del progreso, porque soñamos con la fraternidad universal, por que vemos que la felicidad no es un mito, por

esto insistimos tanto en la reforma de la familia, porque de ella depende la regeneración social. Pero á la humanidad le falta algo parecido á lo que le pasó al andaluz del cuento, que según dicen: un hijo de la hermosa Andalucía fué á la Habana, creyendo que á su paso brotarían raudales de oro, y al poner su planta en la tierra, que soñó Colón, se encontró un duro, y mirando á la moneda con profundo desprecio, murmuró el aventurero: Eres muy poca cosa para que yo me tome el trabajo de cogerte, cuando vengo en busca de un tesoro. Más ¡ay! Según cuentan las crónicas, aquel ambicioso murió de hambre: que el que desprecia lo poco, nunca alcanza lo mucho. Del mismo modo, los pretendidos reformadores sociales, el primer pueblo que encuentra en su camino para en él ensayar sus condiciones administrativas, es una pequeñita aldea, que las leyes de la Creación, sabias en todo, lo primero que le dan al hombre es la dirección de su familia; la familia es la pequeñita aldea donde el legislador debe comenzar á enseñar la íntima relación, que existe entre los deberes y los derechos; pero la generalidad de los hombres, hacen lo que el andaluz del cuento; les parece cosa baladí el gobierno de su casa, y tratan de conseguir el gobierno de un pueblo, pero no podrá gobernar á los otros él que no se sabe gobernar á sí mismo.

El hombre debe rodearse de seres tranquilos y risueños, que le amen, no que le teman.

Padres de familia, vosotros los que tenéis hijos, los que educáis á las mujeres del porvenir, ocupaos en desarrollar su sentimiento y en hacerles comprender, que sin amor no hay vida.

No dejéis á vuestras esposas abandonadas á sus propias fuerzas; recordad lo que decía Jesús, que no solo con pan se mantiene el hombre: no basta que le entreguéis una gran parte del dinero que ganáis, es necesario que las asociéis á vuestras penas y á vuestras alegrías, á vuestros deseos y á vuestras esperanzas; es preciso que miréis en éllas la mitad de vuestro sér, porque solo así conseguiremos dar principio á la regeneración universal!





IMPRESA

“EL SOL”

CALLE «DR. PUJALS,» N.º 3. PONCE



Este Establecimiento, se encuentra en condiciones de hacer trabajos tipográficos bien concluidos y á varias tintas.

Cuenta con prensa Marinoni y materiales de las mejores fundiciones norteamericanas. Tiene personal entendido en el ramo y garantiza la pronta entrega de los trabajos.

✠ “EL BUEN SENTIDO” ✠

Semanario consagrado á la difusión de la doctrina espírita, admite suscripciones mensuales al precio de 25 ctvs.

Solicita agentes en los pueblos de la



Isla que el mismo periódico indica en la 4.ª página de la cubierta.